

'Lord, to whom shall we go? You have the words of eternal life.'

In just one year from now, we will find our nation brightened by the light of a Eucharistic Revival, a convocation of Catholic believers from across the United States. We will gather in Indianapolis, the capital of the great state of Indiana, "The Crossroads of America."

This visible sign of unity before the face of Jesus Christ will be reminiscent of the many accounts in the Gospels when people from all over Judea and the surrounding territories came to see Jesus, hear his words, receive a healing and hope for the future. When they saw him, they were amazed at how ordinary he looked. "He grew up like a sapling among us; there was no stately bearing to make us look at him, nor appearance that would attract us to him." (*Isaiah 53*). When they heard him speak to them, many turned away, but when he asked if those closest to him wished to leave

"The revival of our understanding of this gift of God to the human race is not based on some slogan, or new project of some sort. This is a revival in the most radical sense: returning to the original and breathing new life into it."

as well, St. Peter answered, "Lord, to whom shall we go? You have the words of eternal life." (*John 6:68*).

For samples of the many healings, turn to the Gospel of St. Matthew. There you will hear the pleas of the afflicted as they turn to Jesus in desperation. So often, he would ask, "What is it you want me to do for you?" and, though he already knew what the request would be, it was the voice, the ask, the turning to him in a most human way, that Jesus encouraged.

This dialogue in a human fashion would lead to the soul's openness to accept the divine presence that would heal the suffering body and anoint the immortal soul. "Go your way," he would then say. "Your faith has saved you."

Our parish churches and many of our Catholic schools, Catholic hospitals and institutions, all and each, house a tabernacle – a sacred repository and dwelling for Our Lord Jesus Christ in his sacramental divine presence.

The words of Isaiah remind us that such a presence can make us quizzical (Is THIS the one for whom we looked?). A cursory look, a passing moment, sure, we won't see much to attract us. But kneeling in silence for a time and simply saying, "Lord, do you see me?" Maybe, by giving him time to speak to your heart, you will feel the stirring that asks, "What is it that you want me to do for you?"

Now the dialogue has begun and has room to develop. Prayer before the most blessed sacrament of the altar is a holy dialogue between the struggling human and the eternal wisdom and mercy of God.

The revival of our understanding of this gift of God to the human race is not based on some slogan, or new project of some sort. This is a revival in the most radical sense: returning to the original and breathing new life into it.

The uncovering of what was obscured or forgotten over time and buried under layers of human toil, reveals a timeless reality that has, because of its source, a universal truth that is applicable in every age.

Especially now, in these days, this revival of eucharistic sacrifice, adoration and divine healing of the human search for meaning, is most apt. "Lord, to whom shall we go? You have the words of eternal life." ■



Bishop Peter A. Libasci, D.D. is the Tenth Bishop of the Diocese of Manchester.

‘Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna.’

En sólo un año a partir de ahora, encontraremos a nuestra nación iluminada por la luz de un Avivamiento Eucarístico, una convocatoria de creyentes católicos de todo Estados Unidos. Nos reuniremos en Indianápolis, la capital del gran estado de Indiana, “La encrucijada de América”.

Esta visible señal de unidad ante el rostro de Jesucristo nos recordará los muchos relatos en los Evangelios en los que personas de toda Judea y territorios circundantes vinieron a ver a Jesús, escuchar sus palabras, así como recibir sanación y esperanza para el futuro. Cuando lo vieron, se sorprendieron de lo ordinario que se veía. “Él creció como un retoño en su presencia ... sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas, sin un aspecto que pudiera agradarnos”. (*Isaías 53, 2*). Cuando lo oyeron hablar con ellos, muchos se dieron la vuelta, pero cuando preguntó si los más cercanos a él también querían irse, San Pedro respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de Vida eterna.” (*Juan 6, 68*).

Para ejemplos de las muchas sanaciones, consulten el Evangelio de San Mateo. Allí escucharán las súplicas de los afligidos que se vuelven a Jesús desesperados. Muy a menudo, preguntaba: “¿Qué es lo que quieres que haga por ti?” y, aunque ya sabía cuál sería la petición, fue la voz, la petición, el volverse hacia Él de la manera más humana, lo que Jesús animó.

Este diálogo de manera humana llevaría a la apertura del alma para acoger la presencia divina que sanaría el cuerpo doliente y unguiría el alma inmortal. “Sigue tu camino”, decía entonces. “Tu fe te ha salvado”.

Nuestras iglesias parroquiales y muchas de nuestras escuelas católicas, hospitales e instituciones católicas, todas y cada una, albergan un tabernáculo, un depósito sagrado y una morada para Nuestro Señor Jesucristo en su divina presencia sacramental.

Las palabras de Isaías nos recuerdan que tal presencia puede desconcertarnos (¿Es ESTE al que buscamos?). En una mirada superficial, un momento pasajero, seguro, no veremos mucho que nos atraiga. Pero arrodillarse en silencio por un tiempo y simplemente decir: “Señor, ¿me ves?” Tal vez, al darle tiempo para que hable al corazón, sentirán con emoción que les pregunta: “¿Qué es lo que quieres que haga por ti?”

Ahora el diálogo ha comenzado y tiene espacio para desarrollarse. La oración ante el santísimo sacramento del altar es una conversación santa entre el ser humano que lucha y tanto la eterna sabiduría como misericordia de Dios.

El renacimiento de nuestra comprensión de este don de Dios a la raza humana no se basa en algún eslogan o nuevo proyecto de algún tipo. Este es un revival en el sentido más radical: volver al original y darle nueva vida.

Descubrir lo que fue oscurecido u olvidado con el tiempo y enterrado bajo capas de trabajo humano revela una realidad atemporal que tiene, debido a su origen, una verdad universal aplicable a cada época.

Especialmente ahora, en estos días, este renacimiento del sacrificio eucarístico, la adoración y la sanación divina de la búsqueda humana de sentido es más apropiado. “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna.” ■

El obispo Peter A. Libasci, D.D. es el décimo obispo de la Diócesis de Manchester.